

# CARTA A FANO

*MARGARITA SASTRE DE BALMACEDA*

Querido amigo,

Te fuiste, Fano. Cuando se nos van las personas queridas y significativas siguen inundándonos sus recuerdos, el sonido de sus voces atrapadas en la memoria, su calor y su forma alucinante.

¿Cuándo nos conocimos? ¡Hace tantos años! Fue en la Academia de don Miguel Pou, ese maestro de maestros. Había que tocar el timbre, esperar a que nos abriera la empleada, pasar despacio por esas galerías frescas de madera adornadas de pinturas y subir por una estrecha escalera al segundo piso. ¿Recuerdas la ventana abierta? Daba a los techos de la Iglesia de la Merced, tema que tantos pintamos. ¿Y los modelos? Había zapatos viejos, libros, muñecas, jarros... Siempre presente la figura de don Miguel con su rostro enjuto, monacal, contándonos anécdotas de los pintores griegos, de todos los pintores.

¿Qué recuerdas más de él? Yo, sus palabras y su voz, su caminar... Nunca hacía correcciones en nuestro propio dibujo. Siempre en un papel aparte. Sus bocetos en miniatura eran joyas, filigranas.

Tú eras veterano, Fano. Ya habías estado en Alemania. Conocías los museos que don Miguel disfrutaba sólo a través de los libros, de las reproducciones. Ya habías estado en Nueva York, en el Art Students' League, donde también estudió don Miguel, mucho antes que tú. Tuve la ocasión de visitar esta magnífica escuela cuando preparaba mi video sobre Pou. Pisos y pisos y pisos de salas amplias con estudiantes, maestros y modelos. En los archivos vimos y fotografiamos dibujos y óleos de los maestros de don Miguel. Pude ver la firma de Pou en una tarjeta. Fue un volver atrás, como en una película. Nos une el amor al arte, el respeto y la admiración al maestro.

Fano, siempre acogedor, patriarcal. Así te recuerdo. Tu estudio en la calle Salud y Campeche, los cantos de gallos, tu esposa Eva con su rostro de reina taína recostada en el balcón.

Recuerdo cuando preparamos un video sobre tu vida, Fano. Allí estabas tú, siempre ensimismado con la música clásica, con tus colores. Tenías ese don de dones, el saber pintar, el amor a la pintura. Creo que en ti era más fuerte que todo y que salía de ti en efluvio bendito y volvía a concentrarse en tu interior y volvía a salir, como una constante resurrección.

Perdiste tus piernas, una primero, otra después. Hablamos cuando estabas en Miami, en casa de tu hija. No estabas triste. No. Perdiste algo, pero no te perdiste. Seguiste. Triunfaste. Creaste. Superaste el dolor y lo transformaste en alegría.

Así es tu pintura, Fano. Tengo la acuarela de rosas blancas que me regalaste y dedicaste. Es lo primero que veo a la mañana y lo último que dejo de ver por la noche. Rosas blancas. Vida. Transparencia. Nacimiento. El color más difícil de crear le da forma al símbolo de los símbolos, la rosa de la amistad, cuya fragancia casi se respira al mirarla.

Fui a tu casa en Valle Verde una vez con mis alumnos. ¿Recuerdas? Importante. Regocijante. Gracias. Estoy segura que la memoria de ese encuentro perdura en ellos, como joya preciosa.

Te fuiste, Fano. Recuerdo el homenaje que te hizo el Municipio Autónomo de Ponce, hace ya cerca de una década. Fue en el patio de la Casa Alcaldía. Allí llegaste, con tu rostro encendido por la emoción y tu cabello como una aureola blanca de paz. Estabas con Eva, radiante su bello semblante de cacica. Entonces, en tu presencia, leí estas palabras, con emoción.

“Cada día se clava una espina en nuestro corazón de pueblo, y por eso, para mitigar ese dolor se necesitan los artistas. Por eso necesitamos personas como Fano.

Epifanio Irizarry nació el 7 de abril de 1915 en la calle Petardo, llamada así porque allí se fabricaban petardos. Recuerda Fano que en una ocasión hubo una explosión en la que murieron siete personas. Su padre, Ramón Irizarry, era zapatero y también un hombre estudioso que alentaba siempre a su hijo en su vocación. Tenía una pizarra y le daba clase a los niños del barrio. Epifanía Jusino, su esposa, era mujer de la casa, cariñosa con la familia. Allí, en un ambiente de ternura, pasaron los primeros años de Fano.

Comenzó sus estudios de arte con doña Inés Toro. Siguió con don Horacio Castaing, don Librado Net y don Miguel Pou.

En 1934 se trasladó a Nueva York, donde trabajó en fábricas. En el '41 entró a las fuerzas armadas, a la infantería y a la fuerza aérea. Estuvo en Alemania, Francia e Inglaterra. En Alemania tuvo oportunidad de estudiar perspectiva. Un pintor lo vio haciendo apuntes de la casa de Hitler y lo llevó a su casa para darle clases. Estuvo tomando cursos en la Academia de Artes Freilassing, Baviera, y en el Museo de Munich. En Francia vivió en París, Toulouse, Lyon, Reims, como también en Luxemburgo. Al regresar a la isla continuó estudios con don Miguel Pou, ese maestro de maestros. Allí hizo suyo el concepto del azul verde, cerúleo, para el cielo, y la idea de entornar los ojos para poder ver mejor las sombras y las transiciones de la luz.

El maestro lo motivó a que siguiera estudios en el *Art Students League* de Nueva York, bajo Reginald Marsh, Brackman, MacPherson, John Corbine y Kuniyoshi. En 1957 recibió la beca de la fundación Guggenheim, la cual le permitió proseguir estudios en Estados Unidos.

Regresó definitivamente a la Isla. Después de una breve estadía en San Juan decidió radicarse en Ponce, su ciudad natal. Aquí pinta el paisaje, el hombre, la mujer, le da forma a ideas y expresa sus sentimientos. Siempre con autenticidad y entusiasmo.

Ha recibido premios de pintura del Ateneo Puertorriqueño, del Instituto de Cultura, el premio La Cruz y la Estrella del Centro Rockefeller. Ha participado en exposiciones del Riverside Museum, Greenwich Village; Galería Sudamericana, Nueva York, la Segunda Bienal de México, la Tercera Bienal de Barcelona, La Casa del Arte, la Galería Antilles, el Museo de la Universidad, el Ateneo Puertorriqueño, la Biblioteca Carnegie, el Museo de Arte de Ponce y la Galería Los Arcos de La Fortaleza.

Sus obras se conservan en colecciones privadas, museos de Puerto Rico, Estados Unidos y Europa.

Dice Fano – “La soledad es poética y es rica. La soledad me encanta.”  
“En el silencio hay algo de celestial.”  
“La música me transporta a los sitios más selectos...”  
“Lo que no pueden ver otros uno lo ve y lo exterioriza en la pintura”.  
“En la vida mía yo veo todo a base de pintura.”  
“Pinto con la mirada.”

Con palabras de colores le dedico este poema:

Fue toda  
una locura  
de colores:  
el rojo flamboyán,  
cielo cerúleo,  
la tierra umbría  
y ese verde mar  
patria de pescadores.  
Y tus manos  
–caballos desbocados–  
trepidando  
sobre el lienzo feliz.

Ahora Fano está pintando un flamboyán, para mitigar nuestro dolor de pueblo,  
para sacarnos una espina, para compartir con nosotros su alegría de vivir y de ser.

(Firmado) Margarita Balmaceda”

También recuerdo cuando nuestro camarógrafo Armando Pizarro y yo fuimos a casa del doctor Berio para tomar diapositivas de tu obra. ¡Qué festín! Cuadros colgados en hileras de a tres, sobre las paredes, otros almacenados, con amor y entrega. Nos dijo que su colección valía un millón de dólares. Docenas y docenas de tus hijos pasaron por nuestros ojos: flamboyanes, acacias, marinas, pescadores, jueyeros, jugadores de dominó, ninfas, veleros, Quijotes, y, sobre todo, una prístina cascada que parecía caer del cielo a la tierra. Tu obra, Fano, es maravillosa.

Volví a ver anoche las rosas blancas que me autografiaste. En ellas, como en toda tu obra, hay emoción, entereza. Considero tus cuadros más expresionistas que impresionistas. Más a lo Kokoschka, que a lo Monet. Pero, mira, Fano, hay algo que dijo éste último que podríamos haber discutido hasta la saciedad: “¡Pintar es tan difícil, y atormenta tanto!”

Tu música favorita era la de Tchaikowsky, ¿verdad? La escuchabas mientras pintabas. Te elevabas, Fano.

El año pasado nos dejaste. La fecha la he borrado de mi memoria, quizás a propósito, como se nublan los momentos dolorosos de la existencia. Estábamos allí, en la funeraria, junto a tu cuerpo, que se nos fue, unidos a tu espíritu que nos acompaña: tu esposa Eva, tus hijos, tu familia, amigos, artistas. No nos dejas solos, Fano. Te quedas. Gracias.

Con todo mi cariño,

Margarita